

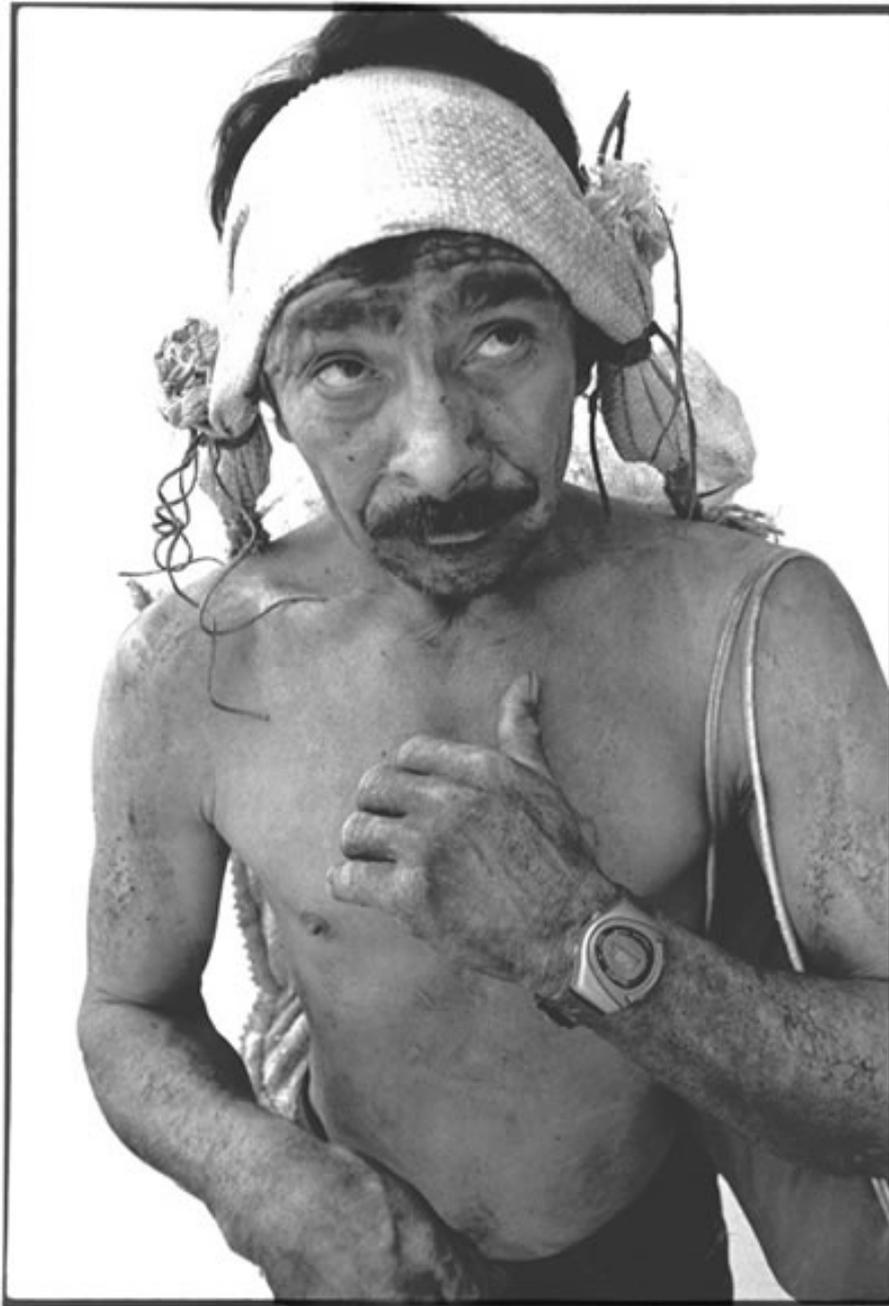
SUSURROS

REVISTA COLOMBIANA DE CULTURA

16

Francia
Feb/08

Vidas al carbón



Jairo Ruiz Sanabria

Susurros rinde un merecido tributo al Maestro Mario Benedetti quien se recupera de una dolencia en un hospital de Montevideo

Chau número tres

Te dejo con tu vida
tu trabajo
tu gente
con tus puestas de sol
y tus amaneceres.

Sembrando tu confianza
te dejo junto al mundo
derrotando imposibles
segura sin seguro.

Te dejo frente al mar
descifrándote sola
sin mi pregunta a ciegas
sin mi respuesta rota.

Te dejo sin mis dudas
pobres y malheridas
sin mis inmadureces
sin mi veteranía.

Pero tampoco creas
a pie juntillas todo
no creas nunca creas
este falso abandono.

Estaré donde menos
lo esperes
por ejemplo
en un árbol añoso
de oscuros cabeceos.



Estaré en un lejano
horizonte sin horas
en la huella del tacto
en tu sombra y mi sombra.

Estaré repartido
en cuatro o cinco pibes
de esos que vos mirás
y enseguida te siguen.

Y ojalá pueda estar
de tu sueño en la red
esperando tus ojos
y mirándote.

Susurros

Revista colombiana de cultura
N° 16, febrero 2008

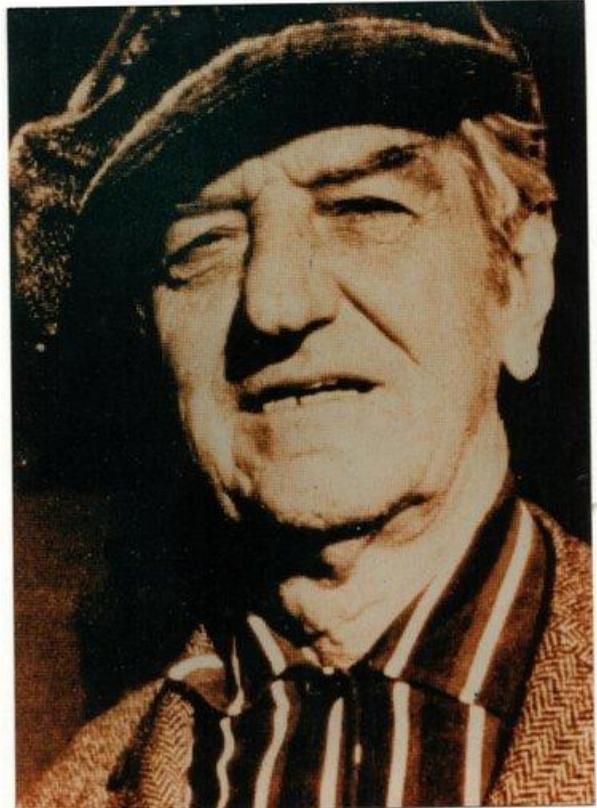
Redacción

Abimael Castro - Hernando García M.
10 Place Morel – 69001, Lyon France
Susurros.colombia@gmail.com

CIRO MENDÍA, POETA DE LA AUTENTICIDAD

El Ástor, sobre la carrera Junín, ha sido por mucho tiempo el lugar donde buena parte de la fauna literaria de Medellín se encuentra para disfrutar –o denostar– de la literatura, de los literatos, de la poesía, de las poetisas, de los poetas y hasta de los poetastros y poetas, tal como los nombraba el Maestro Manuel Mejía Vallejo.

Particularmente, quien esto escribe ha disfrutado en el lugar de marras, de deliciosos paliques (con carcajada incluida), unas veces; otras (las más), de sesudas disquisiciones poéticas, literarias y hasta filosóficas del poeta Hernando García Mejía. Alguna vez, recordando tiempos idos y su sávida y larga temporada laboral en Bedout, llegamos a la imagen decimonónica de don Benigno A. Gutiérrez, y por ella a la del viejo Carrasco (Tomás Carrasquilla), y éste, a su vez, nos trajo a la memoria la de su amigo Ciro Mendía (para la época, muy joven). ¡Qué olvidado está Ciro Mendía!, fue la exclamación que se nos escapó.



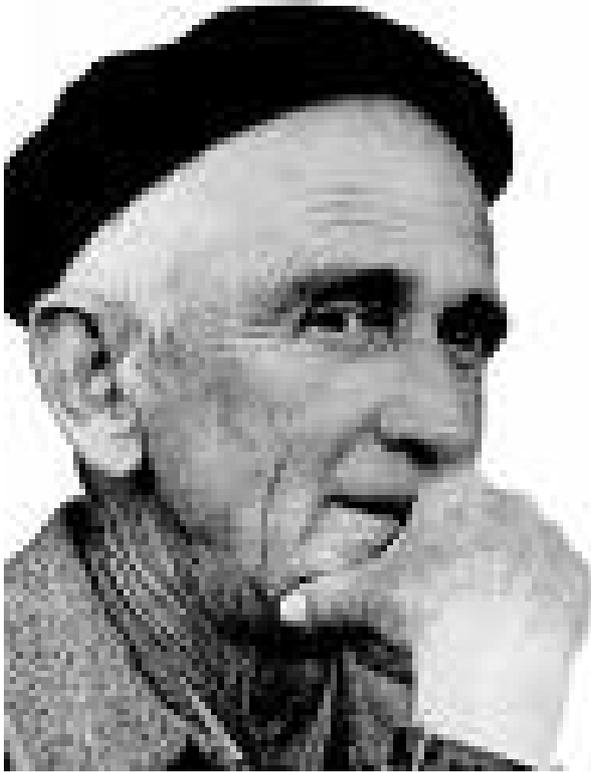
Carlos Edmundo Mejía Ángel –Ciro Mendía– nació en Caldas, Antioquia, en 1892, según él “en la pobreza más completa, porque mi padre, el hombre más inteligente del pueblo, se fue contra la corriente fanática predicando ideas liberales”. También dijo el poeta que “fue en Yarumal donde adquirió la infección versícola, donde le fue transmitido el bacilo estrófico al lado de Jorge de Greiff, quien desde su más precoz edad también fue invadido por el microbio lírico con la más suave y delicada febrilidad romántica”.

Este bacilo estrófico alimentó la vena lírica de Ciro, al punto que lo convirtió en el más grande iniciador del teatro regionalista colombiano. Su lenguaje, sus personajes, el ambiente y los temas hicieron de sus obras teatrales, en los años veinte, auténticos acontecimientos que sacudían el tranquilo espacio pueblerino del Medellín de antaño. La prensa antioqueña lo halagaba profusamente llamándole “el Tomás Carrasquilla de la escena”.

La poesía de Ciro Mendía (trece libros) revela influencias de Federico Nietzsche, muy leído en Antioquia a comienzos del siglo pasado, especialmente por Fernando González, amigo personal del vate caldeño. Sobre su poesía, su otro gran amigo, Tomás Carrasquilla, le decía: “qué te parece Narizón que me gustan más tus comedias que tus versos”.

Su pluma, siempre libérrima, recreó en sus comedias, con buena dosis de acidez, a todos los personajes de la época, empezando por el cura, siguiendo por el político y terminando por el alcalde. Fue colaborador de las revistas El Artista y Colombia, y del periódico El Espectador.

Entre lo mejor de su producción encontramos:



Sor miseria (1919), En torno a la poesía popular (1926), El libro sin nombre (1929), Escuadrilla de poemas (1938), Farol sin calle (1957), Caballito de siete colores (1968), Fin de fiesta (1972), Teatro completo (1986), y La golondrina de cristal (1992).

A propósito de su producción, en un bello texto de Juan Roca Lemus (Rubayata), titulado Un ángel con mala palabra y un demonio con arrugas, se cita el siguiente diálogo de Ciro Mendía con Fernando González (1948), lleno de gracejo y vivacidad:

Ciro: –¿Te gusta esta ciudad?

Fernando: –Medellín es una fábrica.

Ciro: –En diciembre me gusta esta ciudad porque queda solitaria.

Fernando: –Peor... Da la impresión de una jaula cuando se ha ido el pájaro: queda oliendo a naranja podrida y a estiércol.

Ciro: –Pero tú eres de esta jaula.

Fernando: –Jamás...¡Eso no! Soy de Envigado,

pueblo de ruana y guarniel. Pueblo macho, berrion do. La cepa de la varonilidad, de la fuerza toda de Antioquia. Tú sí eres de aquí...

Ciro: –Tampoco, nunca. Mis abuelos, como tú, eran envigadeños. Yo nací en Caldas, Antioquia, a unos pocos pasos del pueblo, entre ruedas “Pelton” y molinos californianos.

Fernando: –Y allá, en tu pueblo, ¿sí leen tus versos?

Ciro: –Creo que no. Porque un día entré a una de sus cantinas y me dijeron: “¿Cómo está, señor Santamaría...”. Y a ti, en Envigado, ¿sí te admiran?

Fernando: –Tampoco. Las únicas que me saludan son las ceibas de la plaza y eso porque les dediqué uno de mis libros.

Ciro: –¿Cuántos libros llevas publicados?

Fernando: –Diez. ¿Y tú?

Ciro: –Siete, pero tengo diez obras teatrales inéditas. ¿Tienes algo inédito?

Fernando: –No. No he vuelto a escribir, porque la literatura en Antioquia es una úlcera. Escribir aquí es llorar, como diría Larra.

Ciro: –¿Cuál de tus libros te gusta más?

Fernando: –Sigo creyendo en mi “Viaje a pie”. ¿Y a ti?

Ciro: –“Ímpetu”...No..., “Naípe nuevo”.

Fernando: –No lo conozco.

Ciro: –Está inédito.

Fernando: –Déjalo inédito, para que no lo lean estos bribones. No lo merecen.

Ciro: –Si lo publicara tampoco lo leerían.

Ciro Mendía, Carlos Edmundo Mejía Ángel, el que nació en la pobreza más completa porque su padre “se fue contra la corriente fanática”, murió en La Ceja, Antioquia, en 1979, aún más pobre que cuando llegó al mundo, víctima tal vez de su propia rebeldía.

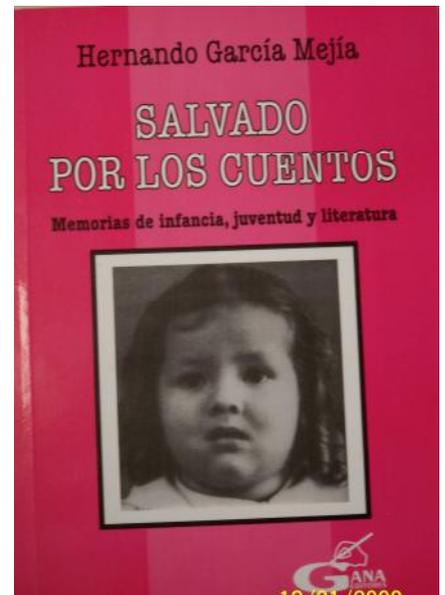
Coordinador Fomento de la Lectura Comfama

lvaniq790@yahoo.es

Salvado por los cuentos

Pocos escritores pueden mostrar una vocación literaria tan marcada y exitosa como la de Hernando García Mejía. Lo conocí en Armenia hace tres décadas, dentro de un concurso nacional de cuento promovido por la Gobernación del Quindío, certamen en que los dos resultamos finalistas. Esta circunstancia dio comienzo a la larga y cordial amistad que desde entonces nos hermana.

Ambos publicábamos por aquellos días nuestros cuentos en el Magazín Dominical de El Espectador –de tan grata memoria– y ambos éramos articulistas: García Mejía en El Colombiano de Medellín, y yo en El Espectador y en la Patria de Manizales. Cuando al año siguiente pasé a saludarlo en las instalaciones de Bedout en la capital antioqueña, donde cumplía una brillante labor editorial, salí cargado de ejemplares de la serie bolsilibro que la empresa, con el talento oculto de mi amigo, dedicaba a recoger obras maestras de las letras colombianas y universales.



En nuestro último encuentro en Bogotá con ocasión de la pasada Feria Internacional del Libro, me participó el proyecto de publicar el primer tomo de sus memorias. Ni corto ni perezoso, meses después la idea se hizo realidad con el título “Salvado por los cuentos –memorias de infancia, juventud y literatura–”. En ellas enmarca la trayectoria que se origina en Arma (Caldas), su comarca nativa, donde termina la primaria en la escuela del pueblo y luego se va al campo a trabajar y a leer, hasta concluir su vida laboral en Bedout.

Este trabajador elemental del campo, que aprendió a manejar el azadón y a recoger cosechas con el fin de apoyar a su padre, llevaba escondida en el espíritu la pasión de la lectura. A luz de vela, como se describe, devoraba libro tras libro (al igu al que lo hizo Gorki como peón de una finca de aristócratas) y movía la mente hacia el conocimiento de las maravillas escritas en el mundo.

En la escuela, el maestro Emilio Valencia lo metió en el camino de los cuentos. Historias fantásticas, de Andersen, Perrault, los hermanos Grimm, Wilde, Kipling..., hicieron las delicias del futuro fabulador. Cuando el maestro Emilio se fue de la escuela, el discípulo se sintió desconsolado.

Después volvió a tomar aliento al lado de la tía Leticia, lectora empedernida. Con ella prosiguió el hilo interrumpido de los cuentos y se forjó sus propias inventivas. Ya en Medellín, portador de una carta de recomendación que le había dado Jaime Sanín Echeverri, director del Sena, se abrió las puertas de Bedout y allí cumplió una carrera ejemplar.

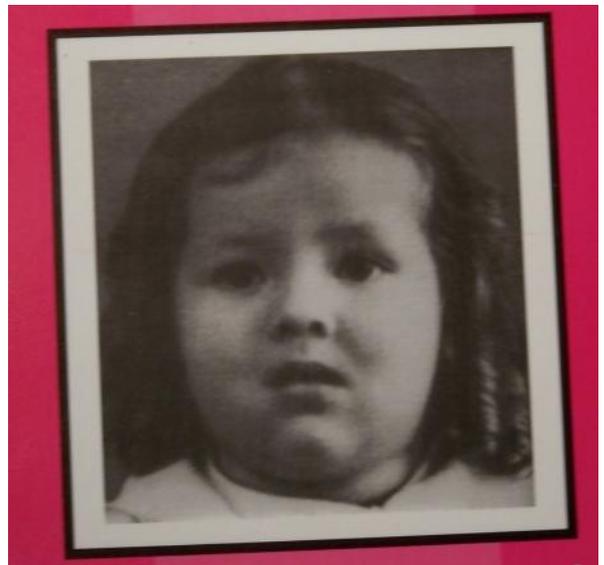
Muchas peripecias, penas, alegrías y logros, presentados con lenguaje coloquial y absoluta autenticidad, contienen estas memorias aleccionadoras, las que por supuesto no pueden quedarse detenidas en la primera parte. Necesitamos que nos cuente –como buen narrador que es de ficciones y realidades– las vivencias del escritor profesional que llegó a ser en los géneros del cuento, la poesía, la novela, el ensayo y el periodismo, tarea que le ha deparado varias distinciones. Su haber literario está constituido por más de cuarenta libros. Como autor de relatos fantásticos para niños y adolescentes, ha conquistado un puesto prominente en la literatura nacional. Estos textos se volvieron materia didáctica en los colegios.

Su ejercicio literario sirve de modelo para los noveles escritores que piensan conseguir el triunfo de la noche a la mañana e ignoran que éste sólo se logra con empeño, consagración y sacrificio, sin los cuales es imposible escalar alturas. En el mundo de las letras hay que renunciar a muchas cosas.

* * * *

Junto con su libro de memorias, el escritor entrega al público dos obras de poesía: “Signo y relámpago” y “Árbol de otoño”, y con ellas acrecienta su bagaje lírico. Los poemas que conforman la última obra –“Albero d’autunno”, en italiano– los escribió en ambos idiomas. Voy a revelar la siguiente confidencia:

Una hija suya que reside en Italia lo invitó a pasar una temporada en aquel país, ante lo cual él se dedicó en secreto y por su propia cuenta a aprender el idioma foráneo. En una biografía que había leído de Baldomero Sanín Cano supo que éste, siguiendo un método didáctico, aprendió el alemán sin profesor. Y se hizo la siguiente reflexión: si Baldomero tuvo éxito con un idioma mucho más difícil, con mayor razón lo tendría él con el italiano. Cuando coronó la cumbre del aprendizaje, elaboró los poemas en esa lengua y luego los tradujo al español.



Todo comenzó con la pasión por los libros, que le surgió a muy corta edad, rodeado de azadones, machetes y canastos cafeteros, y que al paso de los días cultivaría con mente abierta hacia la conquista de los tesoros del espíritu, que la mayoría de la gente no sabe encontrar por falta de disciplina. Y fue salvado por los cuentos.

Hernando García Mejía

Poema de otoño con gorriones

En Madrid el otoño
 deshoja su lenta margarita de asombros,
 su clima de gorriones
 que vuelan de aquí para allá
 y se posan
 y pían
 en el árbol del gozo.

¡Ah, los gorriones de Madrid
 palpitando entre el incendio
 de tanta luz
 herida de milagro!

Te sientas en una terraza del Paseo Recoletos,
 pides tu Coca-Cola con limón,
 cierras los ojos
 y, nauta de una atmósfera de recuerdos y sueños,
 ves pasar, de pronto,
 a Bécquer
 anunciando golondrinas,
 a García Lorca,
 musitando su canción andaluza,
 a Miguel Hernández
 todavía oliendo a sus cabras de Orihuela,
 a don Antonio Machado
 haciendo su camino al andar,
 a León Felipe
 con su tierno corazón de huracán.

¡Ah, los poetas amados!
 ¡Ah, los gorriones picoteantes!

Después pasa Cervantes
 con su pobreza a cuestas,
 seguido de don Quijote sermoneando a Sancho.
 Más tarde llega y pasa, también,
 don Paco de Quevedo,
 instruyendo al Buscón en picardías.
 Detrás, jalando al ciego,
 avanza el Lazarillo de Tormes.
 Entonces aparecen Góngora y Fray Luis de León,
 tañendo diestramente sus liras de oro puro.
 Y siguen los poetas, gimiendo sus cantares,
 mientras fluye el otoño
 cual río por las calles.

¡Ah, las hojas doradas
 cayendo en Recoletos!



¡Ah, su adiós volandero
de tumbo en tumbo huyendo!

Pasa Colón, el soñador
que redactó su obra en cuartillas de encrespados
océanos
y trajo a las Cortes las guanábanas del trópico
y los aborígenes empavesados de plumas de
guacamayas
que al llegar a Madrid
de seguro han debido pensar
que tanta luz
cernida de gorriones
bien valía la pena de una selva lejana.



Y después de Colón pasan
Jiménez de Quesada,
Hernán Cortés,
Balboa,
Belalcázar,
Pizarro
y tantos otros locos asperísimos
que en olvido de deudas y prisiones
un día levaron anclas
y emigraron
en busca de un futuro
de tigres y doncellas.

¡Ah, los aventureros de la aurora!
¡Ah, los coleccionistas de bravíos crepúsculos!

Pasa Unamuno
que se va muriendo.
Pasa Ortega y Gasset con su código de entrañables
Pasa Gregorio Marañón del brazo de Ramón y Cajal.
Pasan Goya y Picasso con sus pinceles ebrios.
Pasan Iriarte y Samaniego, afilando estiletes.
Pasa Manuel de Falla con Albéniz.
Pasa la gloria.
Quedan los gorriones.

señales.

Pasa Francisco Franco con su treno de sang re
y su clavel violeta.
Pasan Azaña y Primo de Rivera.
Pasan el Rey Juan Carlos y Felipe
con su verde guirnalda entre las manos.
Pasa la historia.
Quedan los gorriones.

Madrid,
otoño,
tres de la tarde.
Pasa la tarde.
¡Quedan los gorriones!

TOMAS GONZALEZ O LA VOZ DEL SILENCIO

(A propósito de la novela, *Primero estaba el Mar*)

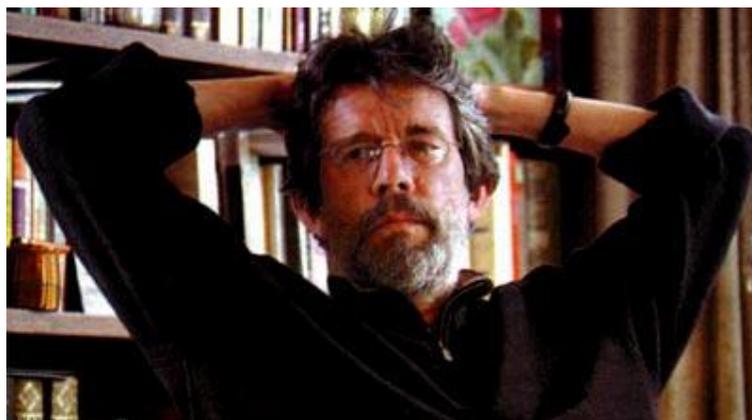
EL SILENCIO

“No digas nada, no preguntes nada.
 Cuando quieras hablar, quédate mudo:
 Que un silencio sin fin sea tu escudo
 Y al mismo tiempo tu perfecta espada.

No llores si la puerta esta cerrada,
 No llores si el dolor es más agudo,
 No cantes si el camino es menos rudo,
 No interrogues sino con la mirada.

Y en la calma profunda y transparente
 Que poco a poco y silenciosamente
 Inundara tu pecho de ese modo,

Sentirás el latido enamorado
 Con que tu corazón recuperado
 Te irá diciendo todo, todo, todo”.



Para: Martha Zapata y mi amigo Álvaro Gómez Otálvaro .

El silencio puede ser el triunfo del espíritu. Sobre todo si la vocación es filosófica o literaria. Al menos una de las grandes enseñanzas de la filosofía pitagórica, era el silencio. Las novelas de Tomás González ofrecen al lector reglas simples para tener buenos argumentos frente al silencio, el amor por la familia y la naturaleza. El Mar y la naturaleza nos evocan

formas de alejamiento. El agua y la tierra son los grandes elementos que permiten medir las dimensiones del ser humano.

El silencio puede ser la búsqueda de la felicidad personal, sin la contribución del otro o los otros. Allí, en ese espacio, se puede ser el héroe de sí mismo y sólo el individuo sucumbe en el combate ante la muerte. La voz del silencio, su mirada, su fuego interno, sólo están cruzados por el espíritu y el contacto con la materia. Reconocer el espíritu interior de todo ser humano es verse en el silencio. Es percibir la fuente de donde emana el bien y el mal. Es el alma que fluye de continuo, profundizando siempre sobre sí misma.

Tomás González como novelista, cuentista y poeta, se ha mantenido lejos del mundanal ruido y logró exorcizar el espectro de la fama. Su secreto literario se mantiene en silencio posibilitando menos ruido del esperado. Cuatro son sus pequeñas y bellas novelas: Primero estaba el Mar (1983), Para antes del Olvido (1987), La historia de Horacio (1997) y Los Caballitos del Diablo (2003). Ficciones que, de una u otra manera, trazan un profundo análisis de los problemas ligados a su familia, a la muerte de un familiar, a los amores negados o a la pérdida de los seres queridos. Su literatura hace que se saquen del olvido situaciones cotidianas que, aunque parecen simples, recrean la vida de los seres humanos.

Seres hechos de carne y hueso; donde el dolor y el sufrimiento fracturan sus vidas. Los hombres y las mujeres son físicamente diferentes. Pero los personajes masculinos de sus novelas son los que marcan el ritmo de sus historias. Nadie es realmente feliz. ¿Qué tanto parece que estemos hechos para alcanzar la felicidad? ¿Por qué deberíamos esperar lo que no alcanzamos o no encontramos?

Sus novelas parecen darle un hito a aquello de: La muerte no causa dolor, sino tristeza y silencio. Lo que nos duele es que los seres que amamos ya no estén con nosotros.

En estas ficciones se atrapa la belleza de la muerte, aunque sus destellos vengan de la soledad y el aislamiento. En las novelas se puede observar una estética de la muerte y sus personajes develan el secreto de ese acto sublime. Morir es un acto que hace parte de la vida y los humanos somos inferiores ante la magnitud de tal acontecimiento. Vivir no es más que una fantasía entre la existencia y la muerte efímera. La vida no hace feliz a quien la posea, sino a quien pueda gozarla, amarla, vivirla en toda su intensidad.

La novela "Primero estaba el Mar" narra con un lenguaje claro y preciso el viaje de una pareja que va al Mar. "Elena y J iban al Mar". Ese Mar de la región de Uraba y quizás cercano a Panamá. Al llegar descubren que no es azul ni magnífico. El puerto es sucio, el canal es sucio y turbio, el salitre se mezcla despidiendo un hedor de cañerías. Olor de podredumbre, similar al olor de lo muerto. Todo es confusión en la llegada y desde los primeros capítulos se observa que la historia está marcada por la fatalidad y la tragedia de su personaje. Sin embargo, la novela se apoya magistralmente, al final, en la cosmología Kogui y en ella se deja ver la grandeza oceánica. El Mar es todo, el espíritu emana de él y hace parte de la memoria colectiva de los seres humanos y, por qué no, de las cosas. El Mar es la gran bestia que devora todo.

La novela nos presenta el enfrentamiento de un hombre con el Mar y de cómo éste sucumbe ante él. El Mar es como un animal carnívoro que arroja sus sobras en las playas. El secreto de esta ficción literaria está en su adoración al Mar y la tierra. El ritmo está marcado por la descripción del paisaje. Pareciera escrita para el cine. Nos muestra cómo un hombre y una mujer gastan sus vidas en una empresa agrícola, la hacen circular brevemente en una playa, subsisten y son absorbidos por la fatalidad. Cada fracaso de la pareja (Elena y J) le enseña al hombre lo que necesita aprender.

La novela es narrada en 38 pequeños capítulos, describe el entusiasmo, el paisaje, la ilusión, el egoísmo femenino y la disparidad emocional de dos seres, mediatizados por el licor y el erotismo. Terminan con una separación violenta. El hombre se queda solitario rumiando una empresa maderera y muere a manos del administrador de la finca. Muerte oscura, ante un hombre oscuro, vil y violento.



El Mar y el paisaje terminan devorando toda perspectiva. El aburrimiento se convierte en demonio y fatalidad. El hombre está completamente vacío, sin sustancia anímica para habitar el Mar. La muerte juega con el destino y la fatalidad. J y Elena no reconocen que no nacieron para habitar un lugar tan inhóspito. Allí solo estaba el Mar, siempre el Mar.

El Mar, la naturaleza, se funden con sus vidas. El Mar es el gran escenario donde la subsistencia determina la suerte de los personajes. El Mar, siempre en el centro del relato, es el gran personaje. “Primero estaba el Mar. Todo estaba oscuro. No había sol, ni luna, ni animales, ni plantas. El Mar estaba en todas partes. El Mar era la madre. La madre no era gente, ni nada, ni cosa alguna. Ella era el espíritu de lo que iba a venir y ella era pensamiento y memoria”.

Ante una realidad tan original, el relato desafía las interpretaciones conformistas de la vida. Las fuerzas naturales delatan la verdad. Se trata entonces, en esta ficción, de una profunda reflexión sobre la existencia humana. El paralelismo de la historia de J y Elena con el Mar habría que analizarlo minuciosamente. La profusión del paisaje le agrega un valor simbólico a la vida y un significado estético a la muerte.

La imaginación con la que Tomás González concibió este relato, afianza desde sus inicios (1983), una vocación literaria, ligada a su espíritu filosófico y su capacidad para asimilar el silencio. “Primero estaba el Mar” le asigna al alma, la forma del mar. El Mar es el espíritu. J, el personaje que da vida a la novela, está muerto y ya no se oye la brisa rozar las ramas de los árboles. No se oye el Mar respirar a través de sus olas. Nada se siente. El tiempo lo ha unido todo al infinito. La muerte lo ha ligado a la madre tierra. Él sólo es: “el agua que florece en belleza, sangre y compasión por más que permanezca siempre agua”.

Leer hoy las novelas de Tomás González, es atreverse a muchas cosas. Es la voz y la otra mirada de la literatura colombiana. Nada revela con más exactitud la mística del silencio. Primero estaba el Mar, es la existencia de un misionero del silencio y la naturaleza. Un pensamiento vivo sobre el silencio. El silencio propone una finalidad concreta y es un impulso que no debería ser reprimido, sino hacer parte de la existencia humana. El silencio es el triunfo del espíritu.



LA SITUACIÓN

1. DOMINGO, 26 DE AGOSTO DE 1951 (fragmento de La situación, capítulo 1)

El horizonte está enrojecido y no tengo conciencia del tiempo. Estoy aquí en Varadero, frente a este largo muelle de Kawama y existo. Mi nombre es Luis Dascal, son diez letras, un signo convencional, una marca de fábrica para distinguir un producto elaborado; no dice, no quiere decir absolutamente nada: Luis Dascal. Este es el quinto o sexto escoch, no recuerdo. Ahora termina la tarde, el sol va a ocultarse. Sólo en Cuba se ve así. Es una tarjeta postal de mal gusto. El mar está tranquilo y el sol es importante. Se hace angustiosamente necesaria esta plenitud del sol. No hay que apegarse a las cosas. El escoch debe tomarse con agua porque con soda llena más, bloquea el estómago. Es una buena bebida escocesa que hace olvidar la insoportable y constante disyuntiva. No hay que elegir con el uiski (ni con el ron ni el coñac), porque abre un solo camino al que puede el hombre abandonarse; que nos lleva a aceptar como inmejorables todas las situaciones. Esta es la hora del coctel y aparecen el ruido y las luces del bar de Kawama. Todos están ahí. Se habla: Yoni tiene un tan tremendo, le contrasta con los ojos azules, comentario femenino. La chiquita Cárdenas tiene una tendencia a dorarse el pelo con el sol, le queda bien de largo, comentario masculino. Ahora los del Kawama hacen combinaciones para pasar agradablemente la noche. Debe ser una gran noche porque es la última de la temporada. Mañana es lunes y todos vuelven a La Habana y en los primeros días de septiembre comienza el colegio, la universidad, la oficina, la compra de ropa invernal, la temporada de invierno con los conciertos de Pro Arte, la Filarmónica, la ópera en el Auditorium y las fiestas de diciembre en los clubs organizadas por los Arellano, cuando Broadway se trasplanta en un grotesco cuadro al Yacht o al Biltmore. Mañana habrá en la carretera una larga fila de autos. Los que llegaron tarde y los que solo vienen los fines de semana averiguan quién está aquí y en dónde y quién se quedó en La Habana y por qué.

También se experimenta sobre la forma de succión ar prestigio ajeno por ósmosis. Muchos se preocupan por ostentar, sin estridencias, alguna reciente adquisición. Ahora siento la necesidad de cancelar algo, de ejecutar una acción irracional, una insensatez: vierto el contenido de mi vaso sobre la arena; el escoch corre un instante, antes de ser absorbido; el hilo, antes transparente, oscurece el polvo fino con el que se mezcla. Esta insoportable lucidez.

Ahí está la primera estrella. Cuando era niño me aterraba pensar que la luz que ahora veo fue emitida hace millones de años y que el espacio es infinito y que es posible que existan otros sistemas planetarios semejantes al solar y que haya vida en ellos, porque me acobarda lo que no termina, lo que ignoro. El movimiento perpetuo es la síntesis del miedo, la tensión inagotable. Yo inventé los aviones de propulsión, mucho antes de que fueran reales, observando el movimiento errático de los globos inflados a los que se les deja escapar el aire abruptamente. Se ha ido el sol.

Varadero es una playa agradable, la más agradable. Estoy un poco borracho, pero esta es una playa agradable. Porque hay efectismo en el paisaje, esas palmeras que avanzan hacia el mar y la temperatura es disolvente y me arde la piel bajo esta camisa. Me queda bien la camisa, el azul pálido me gusta y el contacto con el nailon es sabroso. Siempre sucede en Varadero; de pronto es esta alegría sensual de estar vivo y sentir el sol y el agua y el azul del agua y todo estalla en esta luz blanca que quema. Después queda esa íntima satisfacción que es como un calor apagado dentro y comprendo a los gatos cuando ronronean y se frotan contra la pata de una silla. Cuando he nadado unos cuantos metros y después tengo un buen almuerzo y una buena digestión y duermo la siesta y al atardecer bebo un trago conversando con un amigo y por la noche me tiro alguna mujer que he conocido en el Kastillito... qué más puede pedirse cuando amanece el siguiente día y todo está en su lugar, el mar de un verde claro, transparente, y el horizonte de follaje empinándose detrás de las casas que están junto al mar y los pinos y las uvas caletas que se escapan del cinturón de cemento y se meten en la arena. ¿Qué más puede pedirse? Existe además, la serenidad. ¿Existe? Sí, la serenidad del elefante en su grupo cuando el macho que guía la manada no ha caído aún bajo la bala del cazador. Existe el retozo del hipopótamo que ignora que su boca desmesurada, en su vano intento de atrapar el sol, servirá para entretener a millones de espectadores en las salas de cine de todo el mundo. Existe la serenidad del espectador en la sala de cine que fija sus ojos en el monstruo luminoso porque aún no ha comenzado el incendio que le hará buscar la salida en una convulsa crisis nerviosa. "¡Cuidado, hipopótamo! Ese camarógrafo te apunta con una Paillard. Detén el bostezo". ¿Por qué nutrir de entretenimiento a gente que podría pensar? Sí, hay serenidad, Varadero es el mejor de los mundos.

Me siento bien. Los tragos me han dado un sopor tranquilo y estoy en medio de una campana al vacío que me insensibiliza y me protege; a prueba de balas puedo lanzarme a las mayores audacias sin temor a represalias. Ha oscurecido completamente y sigo aquí en la arena, solo como un idiota; además, se me acabó el uiski. Vuelvo al bar. El bar de Kawama es el mejor de Varadero. Posee una atmósfera discreta, muy distante de la pretensión barroca de otros lugares de su rango. Las tardes de invierno, cuando ya ha terminado la temporada, son las mejores para beber en Kawama. Se escucha el gemido de los pinos de la playa y el suave silbido del viento al deslizarse por la ranura de los cristales que dan a la terraza. El bar está solo entonces. Kawama reluce en la noche desde esta arena en penumbra. Esos arcos de piedra de cantería poseen la inmutabilidad feliz de una clase que se sabe segura en su posición. En Kawama se respira dinero.

Camino. Los mocasines se hunden en la arena. Llevo aún el vaso en la mano. Lo lanzo al mar. Encontraré al grupo de siempre: Yoni, Anita, Francisco Javier, Tina, Margarita y los otros. Se ríen mecánicamente, produciendo sonidos vitales, profundos; es una risa destinada a agradar, no a expresar agrado. Es necesario reír con discreción empleando los tonos que son de buen gusto. El que ríe en Si sostenido, casi siempre es un arribista. Los muslos de Anita son un capolavoro (una ondulación siempre es el principio de la gracia): la piel tersa surgiendo de las ingles sobre la vigorosa solidez de la carne y los músculos traza una curva suave que termina en las rodillas, redondas, pulidas; las líneas se abren de nuevo para crear las piernas, la dulce plenitud de las pantorrillas, y coinciden de nuevo con los tobillos estrechos. Los muslos

tostados de sol con sus breves vellos rubios contrastan con el blanco del chort y el pelo rubio, lacio, bien cepillado, que cae ordenadamente sobre la blusa roja. Porque los colores enteros son la elegancia de Kawama. Los estampados ponen la nota de folklore, la reminiscencia y la situación geográfica, pero el color sin atenuantes, el color intenso, el color definido como expresión de una cuenta bancaria o el lugar de las próximas vacaciones, es el color que abunda en Kawama.

En el bar estará la vieja Ana de la Guardia que fue reina de belleza en los carnavales del Yat en 1920 y ahora es una gorda deforme que se muestra grosera en su juego de exhibir su dorado fruto en el mercado de la carne: "Aquí, señores, Ana Mendoza de la Guardia, dieciocho años, educada en el Merici de La Habana y el Sagrado Corazón de Boston, socia del Bilmor y del Yat, treinta y cuatro de senos, veintitrés de cintura, treinta y cinco de caderas, brillo en los ojos y en el pelo por una dieta balanceada que no olvida el jugo de naranjas en el desayuno. También ingiere una notable cantidad de proteínas. Vengan, señores, lleven de lo que ofrezco. En dote, la participación en una notaría de excelente clientela y cuatro edificios de apartamentos en el Vedado. ¿Quién da más? ". ¿Es posible que esa mujer haya sido alguna vez tan atractiva como su hija? Si lo fue ¿por qué ha dejado de serlo? Es nuestro clima: quince años supremos y luego la flojera, la grasa subcutánea, la pesadez de movimientos. ¡Abajo el calor! ¡Vivan Elizabeth Arden y Helena Rubinstein! ¡Vivan las cremas de hormonas y los aceites de baños y el champú y los baños de cera depilatorios! ¿No es eso suficiente para detener el tiempo? ¿Por qué esa obra de orfebre delicado, los muslos de Anita, deben desaparecer? ¿Por qué no detener el tiempo, eliminando de paso la muerte? Sí, lo sé, he bebido demasiado.(...)

Ahora reposo y disminuye el caos. Me llamo Luis Dascal, estoy aquí, en Varadero, y no sé por qué. Llega este Alejandro Sarría, con su Alfa y su Omega, su plano para atravesar el laberinto, todas las categorías en su lugar, su lanza de San Jorge, su piedra filosofal, llevando con ligereza la pesada carga del Santo Grial y demuestra que puede atravesar todos los mares sin temer tempestades. ¿Cómo disfrutar ese ocio de dudas? La aristocracia azucarera, los custodios de la tradición. ¡Mierda la tradición! Seguro y tranquilo sobre su tarro, con sus cuatro ideas bien sabidas y la buena hembra de su mujer que se aburre a su lado como una puta en un colegio de monjas.

Hablan de política que es el arte de la supervivencia. Charlatanes como todos los artesanos. En otra época ha sido ciencia de dirección. Por encima de la hijoputada máxima, ha existido el compromiso con la felicidad. Carlomagno y Churchill incluidos. Aquí es una forma de alcanzar un nicho y permanecer canonizado o beatificado. La utilidad individual es lo importante. Fulanón, después de cuatro años en el Capitolio, adquiere su heráldica, aunque el nombre haga aflorar sagas del cuatrismo. No temen al tiempo. Apuestan sobre la benevolencia del medio que siempre absuelve sin juzgar. La vida por los sentidos. La fuerza real de la sólida mercadería. Los majases siguen en su cueva. Felipe Blanco es un idiota.

Lisandro Otero

Novelista, diplomático y periodista, falleció en La Habana el 3 de enero de 2008. Publicó novelas y ensayos, traducidos a catorce idiomas. Miembro correspondiente de la Real Academia Española y de la Academia Norteamericana de la Lengua Española. Miembro de número de la Academia Cubana. Últimamente era editorialista de la Organización Editorial Mexicana, cadena de periódicos al cual pertenece El Sol de México.

Realizó estudios de literatura en la Universidad de La Sorbona, en París, y de filosofía en la Universidad de La Habana. Se graduó de periodista profesional en la Escuela Manuel Márquez Sterling.

Fue jefe de redacción del periódico Revolución, de La Habana, jefe de redacción de La Gaceta de Cuba, director de la revista Cuba y también director de la revista Revolución y Cultura.

Juan José Arreola

EL GUARDAAGUJAS

El forastero llegó sin aliento a la estación desierta. Su gran valija, que nadie quiso cargar, le había fatigado en extremo. Se enjugó el rostro con un pañuelo y con la mano en visera miró los rieles que se perdían en el horizonte. Desalentado y pensativo consultó su reloj: la hora justa en que el tren debía partir.

Alguien, salido de quién sabe dónde, le dio una palmada muy suave. Al volverse, el forastero se halló ante un viejecillo de vago aspecto ferrocarrilero. Llevaba en la mano una linterna roja, pero tan pequeña que parecía de juguete. Miró sonriendo al viajero, y éste le dijo ansioso su pregunta:

—Usted perdone. ¿Ha salido ya el tren?

—¿Lleva usted poco tiempo en este país?

—Necesito salir inmediatamente. Debo hallarme en T. mañana mismo.

—Se ve que usted ignora por completo lo que ocurre. Lo que debe hacer ahora mismo es buscar alojamiento en la fonda para viajeros —y señaló un extraño edificio ceniciento que más bien parecía un presidio.

—Pero yo no quiero alojarme, sino salir en el tren.

—Alquile usted un cuarto inmediatamente, si es que lo hay. En caso de que pueda conseguirlo, contrátele por mes; le resultará más barato y recibirá mejor atención.

—¿Está usted loco? Yo debo llegar a T. mañana mismo.

—Francamente, debería abandonarlo a su suerte. Sin embargo, le daré unos informes.

—Por favor...

—Este país es famoso por sus ferrocarriles, como usted sabe. Hasta ahora no ha sido posible organizarlos debidamente, pero se han hecho ya grandes cosas en lo que se refiere a la publicación de itinerarios y a la expedición de boletos. Las guías ferroviarias comprenden y enlazan todas las poblaciones de la nación; se expenden boletos hasta para las aldeas más pequeñas y remotas. Falta solamente que los convoyes cumplan las indicaciones contenidas en las guías y que pasen efectivamente por las estaciones. Los habitantes del país así lo esperan; mientras tanto, aceptan las irregularidades del servicio y su patriotismo les impide cualquier manifestación de desagrado.

—Pero ¿hay un tren que pasa por esta ciudad?

—Afirmarlo equivaldría a cometer una inexactitud. Como usted puede darse cuenta, los raíles existen, aunque un tanto averiados. En algunas poblaciones están sencillamente indicados en el suelo mediante dos rayas de gris. Dadas las condiciones actuales, ningún tren tiene la obligación de pasar por aquí, pero nada impide que esto pueda suceder. Yo he visto pasar muchos trenes en mi vida y conozco algunos viajeros que pudieron abordarlos. Si usted espera convenientemente, tal vez yo mismo tenga el honor de ayudarle a subir a un hermoso y confortable vagón.

—¿Me llevará ese tren a T.?

—¿Y por qué se empeña usted en que ha de ser precisamente a T.? Debería darse por satisfecho si pudiera abordarlo. Una vez en el tren, su vida tomará efectivamente algún rumbo. ¿Qué importa si ese rumbo no es el de T.?

—Es que yo tengo un boleto en regla para ir a T. Lógicamente, debo ser conducido a ese lugar, ¿no es así?





—Cualquiera diría que usted tiene razón. En la fonda para viajeros podrá usted hablar con personas que han tomado sus precauciones, adquiriendo grandes cantidades de boletos. Por regla general, las gentes previsoras compran pasajes para todos los puntos del país. Hay quien ha gastado en boletos una verdadera fortuna...

—Yo creí que para ir a T. me bastaba un boleto. Mírelo usted...

—El próximo tramo de los ferrocarriles nacionales va a ser construido con el dinero de una sola persona que acaba de gastar su inmenso capital en pasajes de ida y vuelta para un trayecto ferroviario cuyos planos, que incluyen extensos túneles y puentes, ni siquiera han sido aprobados por los ingenieros de la empresa.

—Pero el tren que pasa por T. ¿ya se encuentra en servicio?

—Y no sólo ése. En realidad, hay muchísimos trenes en la nación, y los viajeros pueden utilizarlos con relativa frecuencia, pero tomando en cuenta que no se trata de un servicio formal y definitivo. En otras palabras, al subir a un tren, nadie espera ser conducido al sitio que desea.

—¿Cómo es eso?

—En un afán de servir a los ciudadanos, la empresa debe recurrir a ciertas medidas desesperadas. Hace circular trenes por lugares intransitables. Esos convoyes expedicionarios emplean a veces varios años en su trayecto, y la vida de los viajeros sufre algunas transformaciones importantes. Los fallecimientos no son raros en tales casos; pero la empresa, que todo lo ha previsto, añade a esos trenes un vagón capilla ardiente y un vagón cementerio. Es motivo de orgullo para los conductores depositar el cadáver de un viajero —lujosamente embalsamado— en los andenes de la estación que prescribe su boleto. En ocasiones, estos trenes forzados recorren trayectos en que falta uno de los raíles. Todo un lado de los vagones se estremece lamentablemente con los golpes que dan las ruedas sobre los durmientes. Los viajeros de primera —es otra de las previsiones de la empresa— se colocan del lado en que hay raíl. Los de segunda padecen los golpes con resignación. Pero hay otros tramos en que faltan ambos raíles; allí los viajeros sufren por igual, hasta que el tren queda totalmente destruido.

—¡Santo Dios!

—Mire usted: la aldea de F. surgió a causa de uno de esos accidentes. El tren fue a dar en un terreno impracticable. Lijadas por la arena, las ruedas se gastaron hasta los ejes. Los viajeros pasaron tanto tiempo juntos, que de las obligadas conversaciones triviales surgieron amistades estrechas. Algunas de esas amistades se transformaron pronto en idilios, y el resultado ha sido F., una aldea progresista, llena de niños traviosos que juegan con los vestigios enmohecidos del tren.

—¡Dios mío, yo no estoy hecho para tales aventuras!

—Necesita usted ir templando su ánimo; tal vez llegue usted a convertirse en héroe. No crea que faltan ocasiones para que los viajeros demuestren su valor y sus capacidades de sacrificio. Recientemente, doscientos pasajeros anónimos escribieron una de las páginas más gloriosas en nuestros anales ferroviarios. Sucede que en un viaje de prueba, el maquinista advirtió a tiempo una omisión de los constructores de la línea. En la ruta faltaba un puente que debía salvar un abismo. Pues bien, el maquinista, en vez de poner marcha hacia atrás, arengó a los pasajeros y obtuvo de ellos el esfuerzo necesario para seguir adelante. Bajo su enérgica dirección, el tren fue desarmado pieza por pieza y conducido en hombros al otro lado del abismo, que todavía reservaba la sorpresa de contener en su fondo un río caudaloso. El resultado de la hazaña fue tan satisfactorio que la empresa renunció definitivamente a la construcción del puente, conformándose con hacer un atractivo descuento en las tarifas de los pasajeros que se atreven a afrontar esa molestia suplementaria.

—¡Pero yo debo llegar a T. mañana mismo!

—¡Muy bien! Me gusta que no abandone usted su proyecto. Se ve que es usted un hombre de convicciones. Alójese por lo pronto en la fonda y tome el primer tren que pase. Trate de hacerlo cuando menos; mil personas estarán para impedirselo. Al llegar un convoy, los viajeros, irritados por una espera demasiado larga, salen de la fonda en tumulto para invadir ruidosamente la estación. Muchas veces provocan accidentes con su increíble falta de cortesía y de prudencia. En vez de subir ordenadamente se dedican a aplastarse unos a otros; por lo menos, se impiden para siempre el abordaje, y el tren se va, dejándolos amotinados en los andenes de la estación. Los viajeros, agotados y furiosos, maldicen su falta de educación, y pasan mucho tiempo insultándose y dándose de golpes.

—¿Y la Policía no interviene?

—Se ha intentado organizar un cuerpo de policía en cada estación, pero la imprevisible llegada de los trenes hacía tal servicio inútil y sumamente costoso. Además, los miembros de ese cuerpo demostraron muy pronto su venalidad, dedicándose a proteger la salida exclusiva de pasajeros adinerados, que les daban a cambio de este servicio todo lo que llevaban encima. Se resolvió entonces el establecimiento de un tipo especial de escuelas, donde los futuros viajeros reciben lecciones de urbanidad y un entrenamiento adecuado. Allí se les enseña la manera correcta de abordar un convoy, aunque esté en movimiento y a gran velocidad. También se les proporciona una especie de armadura para evitar que los demás pasajeros les rompan las costillas.

—Pero una vez en el tren, ¿está uno a cubierto de nuevas dificultades?

—Relativamente. Sólo le recomiendo que se fije muy bien en las estaciones. Podría darse el caso de que usted creyera haber llegado a T., y sólo fuese una ilusión. Para regular la vida a bordo de los vagones demasiado repletos, la empresa se ve obligada a echar mano de ciertos expedientes. Hay estaciones que son pura apariencia: han sido construidas en plena selva y llevan el nombre de alguna ciudad importante. Pero basta poner un poco de atención para descubrir el engaño. Son como las decoraciones del teatro, y las personas que figuran en ellas están llenas de aserrín. Esos muñecos revelan fácilmente los estragos de la intemperie, pero son a veces una perfecta imagen de la realidad: llevan en el rostro señales de un cansancio infinito.

—Por fortuna, T. no se halla lejos de aquí.

—Pero carecemos por el momento de trenes directos. Sin embargo, no debe excluirse la posibilidad de que usted llegue mañana mismo, tal como desea. La organización de los ferrocarriles, aunque deficiente, no excluye la posibilidad de un viaje sin escalas. Vea usted; hay personas que ni siquiera se han dado cuenta de lo que pasa. Compran un boleto para ir a T. Llega un tren, suben, y al día siguiente oyen que el conductor anuncia: «Hemos llegado a T.» Sin tomar precaución alguna, los viajeros descienden y se hallan efectivamente en T.

—¿Podría yo hacer alguna cosa para facilitar ese resultado?

—Claro que puede usted. Lo que no se sabe es si le servirá de algo. Inténtelo de todas maneras. Suba usted al tren con la idea fija de que va a llegar a T. No trate a ninguno de los pasajeros. Podrían desilusionarlo con sus historias de viaje, y hasta denunciarlo a las autoridades.

—¿Qué está usted diciendo?

—En virtud del estado actual de las cosas, los trenes viajan llenos de espías. Estos espías, voluntarios en su mayor parte, dedican su vida a fomentar el espíritu constructivo de la empresa. A veces uno no sabe lo que dice y habla sólo por hablar. Pero ellos se dan cuenta en seguida de todos los sentidos que puede tener una frase, por sencilla que sea. Del comentario más inocente saben sacar una opinión culpable. Si usted llegara a cometer la menor imprudencia, sería aprehendido sin más; pasaría el resto de su vida en un vagón cárcel o le obligarían a descender en una falsa estación, perdida en la selva. Viaje usted lleno de fe, consuma la menor cantidad posible de alimentos y no ponga los pies en el andén antes de que vea en T. alguna cara conocida.

—Pero yo no conozco en T. a ninguna persona.

—En ese caso redoble usted sus precauciones. Tendrá, se lo aseguro, muchas tentaciones en el camino. Si mira usted por las ventanillas, está expuesto a caer en la trampa de un espejismo. Las ventanillas están provistas de ingeniosos dispositivos que crean toda clase de ilusiones en el ánimo de los pasajeros. No hace falta ser débil para caer en ellas. Ciertos aparatos, operados desde la locomotora, hacen creer, por el ruido y los movimientos, que el tren está en marcha. Sin embargo, el tren permanece detenido semanas enteras, mientras los viajeros ven pasar cautivadores paisajes a través de los cristales.

—¿Y eso qué objeto tiene?

—Todo esto lo hace la empresa con el sano propósito de disminuir la ansiedad de los viajeros y de anular en todo lo posible las sensaciones de traslado. Se aspira a que un día se entreguen plenamente al azar, en manos de una empresa omnipotente, y que ya no les importe saber a dónde van ni de dónde vienen.

—Y usted, ¿ha viajado mucho en los trenes?

—Yo, señor, sólo soy guardagujas. A decir verdad, soy un guardagujas jubilado y sólo aparezco aquí de vez en cuando para recordar los buenos tiempos. No he viajado nunca, ni tengo ganas de hacerlo. Pero los viajeros me cuentan historias. Sé que los trenes han creado muchas poblaciones además de la aldea de F. cuyo origen le he referido. Ocurre a veces que los tripulantes de un tren reciben órdenes misteriosas. Invitan a los pasajeros a que descendan de los vagones, generalmente con el pretexto de que admiren las bellezas de un determinado lugar. Se les habla de grutas, de cataratas o de ruinas célebres: «Quince minutos para que admiren ustedes la gruta tal o cual», dice amablemente el conductor. Una vez que los viajeros se hallan a cierta distancia, el tren escapa a todo vapor.

—¿Y los viajeros?

—Vagan desconcertados de un sitio a otro durante algún tiempo, pero acaban por congregarse y se establecen en colonia. Estas paradas intempestivas se hacen en lugares adecuados, muy lejos de toda civilización y con riquezas naturales suficientes. Allí se abandonan lotes selectos, de gente joven, y sobre todo con mujeres abundantes. ¿No le gustaría a usted pasar sus días en un pintoresco lugar desconocido, en compañía de una muchachita?

El viejecillo hizo un guiño y se quedó mirando al viajero con picardía, sonriente y lleno de bondad. En ese momento se oyó un silbido lejano. El guardagujas dio un brinco, lleno de inquietud, y se puso a hacer señales ridículas y desordenadas con su linterna.

—¿Es el tren? —preguntó el forastero.

El anciano echó a correr por la vía, desafortunadamente. Cuando estuvo a cierta distancia, se volvió para gritar:

—¡Tiene usted suerte! Mañana llegará a su famosa estación. ¿Cómo dice usted que se llama?

—¡X.! —contestó el viajero.

En ese momento el viejecillo se disolvió en la clara mañana. Pero el punto rojo de la linterna siguió corriendo y saltando entre los rieles, imprudentemente, al encuentro del tren.

Al fondo del paisaje, la locomotora se acercaba como un ruidoso advenimiento.

Natural de Ciudad Guzmán como el gran pintor José Clemente Orozco, el mejicano JUAN JOSÉ ARREOLA (1918) es figura destacada de la pujante narrativa actual de su país junto a un José Revueltas, un Juan Rulfo o un Carlos Fuentes. Desde los doce años, Arreola desempeñó los oficios de vendedor ambulante, periodista, mozo de cuerda, cobrador de Banco, impresor, comediante, panadero. Ha publicado, entre otros libros, «Confabulario» y «Varia invención». El desconcertante cuento que de él elegimos es prueba excelente de su fantasía y de su estilo.



JAIRO RUIZ SANABRIA. (Foto de nuestra portada) Periodista, fotógrafo, gestor cultural, guionista y realizador de video. Egresado de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Antioquia. Se ha desempeñado como fotógrafo en las áreas de reportería gráfica, documental, artística y publicitaria. Creador del Concurso Nacional de Fotografía Documental «Los trabajos y los días» de la Escuela Nacional Sindical, uno de los eventos de mayor tradición del medio fotográfico del país.